

EL TEMPLO DE DIOS 3

Parte 27

“Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles; si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder.”

- (Efesios 3:1-7)

Este tercer capítulo de Efesios continúa y amplía la perspectiva de la realidad de un lugar, habitación o templo de Dios. Vamos a tomar los primeros siete versículos como una unidad y luego los separaremos un poco.

Para no ser excesivamente repetitivo y con el fin de concentrarnos en el misterio de Dios que Pablo trata en los versículos 3-7, no voy a decir mucho acerca de los primeros dos versículos. En aras de la minuciosidad voy a mencionar sólo unas pocas cosas.

Pablo se llama a sí mismo “prisionero de Cristo Jesús”. La mayoría de los comentaristas que he leído sugieren que Pablo se describe así, porque estaba en prisión por predicar el evangelio. Yo diría que es muy posible que ese sea el caso, pero en otra parte Pablo también menciona, que el que es esclavo del mundo es libre de Dios, y el que es libre del mundo es esclavo de Dios. No sé si él se refería a esto o no, lo que sí sé es que Pablo se entendía esclavo o prisionero de una manera que no tenía que ver con cadenas o barras, ni con mandamientos, demandas o normas.

Pablo era prisionero o esclavo del Señor al ser constreñido, motivado, movido y restringido, e interna y externamente conformado a la gracia de Dios. En otras palabras, él era obediente, estaba alineado y era conformado a la vida que estaba siendo formada en su alma. Él se sabía crucificado con Cristo, sepultado con Él y partícipe de Él a través de la resurrección. Él sabía que no se pertenecía. En una ocasión dijo, “el amor de Dios me constriñe”, o “la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios”.

En mi opinión, es posible que su referencia a ser prisionero del Señor, fuera por tener esto en mente. En fin...quien puede estar seguro.

Luego menciona algo sobre la gracia aquí y en el versículo siete. Ya pasamos tiempo hablando sobre la gracia, por eso prefiero hablar del misterio de la resurrección. Sólo déjeme decir que la gracia, “a grosso modo”, es la naturaleza de nuestra relación con Dios, en la que Cristo nos ha sido hecho todas las cosas. Más específicamente, Él nos ha sido hecho una muerte que no podíamos morir y una vida que no podemos vivir. La gracia es esa obra de Dios en la que Él nos ha incluido en la muerte y juicio del primer hombre en la carne de Jesucristo. Luego, debido a que hemos muerto con Él, nos ha concedido que Cristo sea nuestra resurrección y vida. Así, todo lo que hacemos, lo hacemos debido y por medio de la gracia. La vida de Dios obra en nosotros, o como dice Pablo en el versículo 7, “...según la operación de su poder”.

Pablo está consciente de que todas las cosas que Dios trata con nosotros son según la gracia. Dice Pablo que por gracia él fue justificado en la muerte de Cristo, que por gracia fue vivificado, levantado y sentado con Él en lugares celestiales, que por gracia Dios obra efectivamente en su alma en favor de la iglesia.

Llegamos a lo que quiero tratar en esta lección. En los versículos 3-6 Pablo trata de nuevo con lo que él llama el misterio de Dios. Tocamos algo de esto en Efesios 1:9, en esta lección vamos a ir un poco más lejos. ¿Qué es este misterio? O mejor dicho, ¿qué era este misterio? Antes de que podamos acercarnos a lo que Pablo está diciendo en este capítulo, tenemos que saber qué es este misterio, dónde se hablaba de él, por qué era un misterio y por qué ya no lo es. Esto no es algo que no se haya revelado aún, porque no hay misterio mencionado en la Biblia que no se haya revelado en la persona de Jesucristo.

Yo creo que con mucha frecuencia nosotros no entendemos lo que son el Antiguo y el Nuevo Testamento. Creo que para muchos de nosotros el Antiguo Testamento narra la vieja historia antes de que Jesús viniera, y el Nuevo Testamento son los libros más recientes, los libros que narran lo sucedido durante y después de la venida física de Jesús. Si es así como usted entiende el Antiguo y el Nuevo Testamento, no se sienta mal, sólo abra su corazón.

Uno es el cumplimiento del otro. El Antiguo es el testimonio, el Nuevo la realidad. El Antiguo es la sombra, el Nuevo la sustancia. El primero hace una promesa, el segundo mantiene la promesa. El primero habla de algo por venir, el segundo es la venida de todo lo que se había dicho. Si usted elimina el Antiguo, el Nuevo deja de tener sentido (salvo por el sentido que usted se imagine y proyecte sobre él). Si usted elimina el Nuevo, el Antiguo deja de tener cumplimiento.

El Antiguo Pacto lleva en sí mismo un misterio, el Antiguo Testamento declara ese misterio. El Nuevo Pacto no nos deja con otro misterio, ni proclama el misterio de Dios; proclama el cumplimiento del misterio. El Nuevo Testamento declara ese misterio revelado en una Persona. El Nuevo Testamento no nos deja con otro misterio a la espera de que sea revelado, nos deja con la Persona en quien todos los misterios del Antiguo Pacto han sido cumplidos (Cristo) y revelados por el Espíritu. Eso probablemente sea lo más fácil de probar escrituralmente. Voy a hacerlo rápidamente, sólo para que podamos continuar sin discusión.

Romanos 16:25-26, *“Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora...”*

1 Corintios 2:7-10, *“Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria. Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios”.*

Efesios 1:9, *“...dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo”.*

Efesios 3:3-5, *“...que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu”.*

Efesios 3:9-10, *“...y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales”.*

Efesios 6:19, *“...y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio”.*

Colosenses 1: 26-27, *“El misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”.*

Colosenses 2:2, *“Para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, el cual es Cristo”*.

Son unos pocos versículos, pero espero que sean suficientes para establecer el hecho de que el Nuevo Testamento no declara el misterio, sino que el misterio pasado de Dios ha sido revelado en Cristo, revelado a nosotros por Su Espíritu y hecho manifiesto por la iglesia. El Antiguo Pacto lleva el misterio, el Antiguo Testamento lo declara y el Nuevo Pacto es la gran revelación de Dios del misterio. El Antiguo Pacto era como una manta sobre una pieza de escultura, el Nuevo Pacto es la gran develación, la gran exposición; la revelación del misterio que Dios se propuso en Sí mismo.

Establezco este punto, sólo porque por muchos años de mi vida descansé sobre enseñanzas y leí libros, en los que este misterio era proclamado aún por conocer. Era algo que Dios no le había dicho a nadie, pero que estaba a punto de hacer. Era emocionante escucharlo y emocionante enseñarlo. Realmente cautivaba una audiencia, si se pudiera decir así. Era emocionante escuchar que yo podía ser parte de una generación o de un grupo de personas, que finalmente llegarían al conocimiento del misterio de Dios. Sin embargo, así como era de emocionante, era igualmente egoísta, ignorante y desdeñoso hacia la palabra de Dios. Me asombra que yo haya pasado por alto tantas escrituras, pero así fue.

No hay misterio que Dios no haya dado a conocer en Su Hijo y como Su Hijo. Puede que sea desconocido para nosotros, pero sólo porque Su Hijo ha sido largamente desconocido para nosotros. Decimos: “Si este misterio ha sido revelado, ¿cómo es que no lo conozco?” Es exactamente lo mismo decir: “Si el Hijo de Dios ha sido revelado, ¿cómo es que no lo conozco?” Nuestro verdadero conocimiento de Él, el cual nos es dado por el Espíritu, corresponde a nuestra comprensión del misterio. Nosotros podemos ignorar Su misterio cumplido, pero eso es porque necesitamos que el Espíritu de Dios abra los ojos de nuestro entendimiento y revele a la Persona en quien, como dice Colosenses, están todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.

Así que aquí, en Efesios 3, Pablo no les está diciendo que hay tal cosa que ellos no conozcan acerca de lo llamado “el misterio de Dios”. NO. Él les está diciendo que el misterio de Dios del que todo judío sabía, del que todos los padres y profetas testificaron, el misterio de la salvación, el misterio de la justicia, el misterio del Mesías y Su reino, el misterio del propósito de Dios...todo ha sido revelado.

Pablo pudo haber dicho de los judíos: “Por siglos y siglos tuvimos promesas, pero no entendimos el cumplimiento. Tuvimos profecías, pero no conocimos de quién, o cuándo, o dónde, o por qué o de qué hablaban. Tuvimos mandamientos, pero nadie pudo guardarlos. Tuvimos sacrificios, pero aún nuestros propios profetas y salmistas nos

dijeron que Dios no se complacía en ellos; todos hablaban de algo más, era un misterio. Tuvimos Sumos Sacerdotes y Reyes, pero incluso los pocos que no fueron corruptos envejecieron y murieron. Nosotros sabíamos que todo esto era un misterio, que era un misterio que aguardaba ser revelado”. Y ahora, Pablo dice aquí que... tiene todo reunido en una Persona, un Hijo, una Palabra.

Cuando Pablo habla de su íntimo conocimiento de este misterio, de la revelación de este misterio, no habla acerca de poseer información, ideas o palabras. Habla de una unión viva con la Persona de este misterio, y de su profunda e íntima comprensión de esta relación. Me pregunto si nosotros lo conocemos de esta manera.

Pablo descubrió en Cristo el misterio de los mandamientos de la Ley. Estas palabras que una vez fueron mandamientos para los hombres, ahora son la obra del Espíritu de Cristo dentro de Su cuerpo. Cristo obra EN el pueblo esto que una vez fue mandado a un pueblo. El misterio de la Ley ha sido revelado en Cristo.

Pablo comprendió en Cristo el misterio del reino de David y de todas las promesas y misericordias prometidas a él. Cristo, el verdadero Hijo de David, en el trono del verdadero Israel de Dios, reina en juicio y justicia sobre toda incircuncisión, lleva cautivo los pensamientos, castiga la desobediencia a la fe, exalta el trono. Un pastor que reinó como rey, un rey cuyo corazón era realmente como el de Dios. Un gobernador eterno que sólo conocía el incremento y la extensión de las fronteras.

Pablo encontró en Cristo el misterio del tabernáculo. La Persona en quien Dios y el hombre podrían habitar juntos en un Sumo Sacerdote. Una puerta en donde la sangre fue rociada en la base del altar. Su vida ofrecida como cenizas al Señor para hacer el gran intercambio; la belleza de las cenizas.

Pablo encontró en Cristo el misterio de la separación del Mar Rojo, el fuego de la montaña, el levantamiento de la serpiente de bronce, el pacto de la circuncisión, el rechazo de todos los primogénitos (Caín, Ismael, Esaú, Lea, Manasés, etc.) en favor del Segundo, el árbol de la vida resguardado por una espada encendida, el fuego sobre el altar, los panes de la proposición, el pectoral con los nombres de todo Israel, el cruce del río Jordán, la tabernáculo de David, las grandes visiones de los profetas, los lamentos de los salmistas, la piedra de Daniel que fue cortada sin mano alguna, el siervo sufriente de Isaías, el día del juicio de Joel. Todo estaba en el libro, pero todo era un misterio hasta que viniera una Persona y abriera la caja. O, para ser más bíblico, abriera el rollo. Fue un enorme y profundo secreto...hasta que Dios quitó el velo en la faz de Jesucristo.

Usted puede pasar toda la vida buscando el secreto del misterio de Dios, pero hasta que lo vea a Él, en quien todo encuentra definición, ni siquiera habrá comenzado.

Todo eso fue muy general. Es fácil decir que todo lo del misterio llega a ser realidad eterna en Cristo. Estas también pueden ser sólo palabras, pero ¿qué es exactamente lo

que ha hecho Dios en Cristo para cumplir este misterio? Usted puede decir: “Él es el gran Sumo Sacerdote”; pero, ¿el gran Sumo Sacerdote de qué? Él es el rey, ¿rey de qué? Él es cumplimiento, ¿el cumplimiento de qué? ¿Qué hizo Él? ¿Cómo es Él?

Todo ello es Cristo, sí, pero es Cristo con un resultado predeterminado. Es Cristo glorificado en un pueblo. Cristo, que a través de Su muerte, sepultura y resurrección, se establece en lo que Efesios llama “un Nuevo Hombre”. Aquí es donde regresamos a lo que hemos estado hablando en las últimas lecciones. La habitación de Dios, la cual es un Nuevo Hombre. De nuevo tenemos aquí a Pablo proclamando que los muchos a través de la cruz, han llegado a ser la habitación de Uno, el Nuevo Hombre, Cristo todo en todos. Muchos miembros, un cuerpo.

Efesios lo dice así:

Efesios 2:14-16, *“Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades”*.

Efesios 3:6, *“...que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio”*.

Estamos hablando de un Nuevo Hombre corporativo. Tal vez usted nunca haya pensado que el logro final de Dios es un Nuevo Hombre resucitado, pero así es como Dios lo ve. A través de la cruz Dios plantó una Semilla, y luego germinaron muchos como el incremento de Ella. Jesús dijo en Juan 12:24, *“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto”*. Una Nueva Planta...de una única semilla muerta. Una raíz que llena muchas ramas. Una Vida que llena muchas almas. Cristo, el todo en todos. Muchos miembros unidos por una Vida compartida. Este es el Nuevo Hombre.

Jesucristo, quien es la resurrección y la vida, ha llevado muchos hijos a la gloria, pero esos muchos son uno. Esto es precisamente lo que Él oró:

Juan 17:11, *“...a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros”*.

Juan 17:20-23, *“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que*

sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad...”

La resurrección del Señor Jesucristo fue como la salida de un bebé del vientre. Yo no estoy inventando el paralelismo, lo estoy tomando prestado de Isaías y de David que hablaron del vientre de la mañana y de una nación que nacería en un día. En la resurrección, Cristo, la cabeza, rompe el vientre de la muerte y lleva juntamente con Él Su cuerpo; salen de la muerte como coherederos, copartícipes y miembros de un mismo cuerpo. Él no sólo abrió la tumba, abrió el ámbito de esta creación caída y salió de ella, llevando Consigo un cuerpo que sería su habitación eterna, un pueblo en quien moraría para siempre, un hombre corporativo resucitado.

Esto fue precisamente lo que los profetas predijeron en el gran misterio; ellos no lo entendieron, pero lo proclamaron.

Zacarías 2:11, *“Y se unirán muchas naciones a Jehová en aquel día, y me serán por pueblo, y moraré en medio de ti; y entonces conocerás que Jehová de los ejércitos me ha enviado a ti”*.

Jeremías 50:5, *“Preguntarán por el camino de Sion, hacia donde volverán sus rostros, diciendo: Venid, y juntémonos a Jehová con pacto eterno que jamás se ponga en olvido”*.

Isaías 66:8, *“¿Quién oyó cosa semejante? ¿Quién vio tal cosa? ¿Concebirá la tierra en un día? ¿Nacerá una nación de una vez? Pues en cuanto Sion estuvo de parto, dio a luz sus hijos”*.

Ahora, no malentienda...Cristo es la única vida de este hombre. Los miembros de este cuerpo no tienen vida, sino a Cristo, así como los miembros de su propio cuerpo. Fuimos engendrados a través de la resurrección de los muertos. Pedro dice que fuimos hechos partícipes de esta semilla incorruptible (1 Pedro 1:23). Nacimos en Sión, dice el salmista. Dios, a través de la resurrección de los muertos, ha hecho “un Nuevo Hombre”, en quien Él habita para siempre y nosotros somos miembros de ese cuerpo.

La unidad no es una meta que la iglesia tiene como objetivo, la unidad es una realidad espiritual por haber nacido de nuevo juntos en y de la misma vida. No es algo que nosotros podemos alcanzar, es algo que Él ha logrado y que nosotros debemos comprender al conocerlo a Él. Así ha estado en el corazón de Dios desde siempre; mucho antes de que hubiera muchos ya había Uno. Cuando Dios decidió incluir a los muchos, los muchos iban a ser el cuerpo corporativo del Uno. Cuando Dios estuvo listo para demostrar esta realidad en la tierra a través de un pueblo, llamó a Moisés del desierto. En Éxodo 4 Dios le dijo a Moisés que Él tenía un mensaje muy importante que darle al

Faraón: “Quiero que vayas al Faraón y le digas: *Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito* (Éxodo 4:22)”.

Moisés pudo haberle dicho: “Señor, déjame corregirte la gramática. Lo que quisiste decir es: ‘los israelitas son Mis hijos’”. Dios respondería: “NO, eso no fue lo que quise decir, sino que Israel es mi hijo, mi primogénito. Moisés, Yo ya tengo un Hijo, Él es el resplandor de Mi gloria, la expresión exacta de Mi naturaleza, la exactitud de Mí mismo, y no le estoy agregando nada a Él. Estoy levantando de los muertos un cuerpo corporativo para Su habitación, para Su glorificación, para Su incremento y exaltación. Israel es ese cuerpo; ellos son los muchos que serán el lugar de habitación de Uno. Vé y dile al Faraón que Israel es mi hijo y que lo deje ir”.

Sucedió lo mismo en el misterio de los huesos secos de Ezequiel. Muchos muertos que vienen a la vida por medio de un soplo, de un Espíritu; la resurrección y la vida. No sólo un puñado de personas muertas obteniendo sus vidas de nuevo, sino muchos huesos viniendo a la vida por una Vida. ¿Cómo termina el capítulo? Termina con Dios declarando a ese pueblo el tabernáculo de Dios.

Ezequiel 37:26-28, *“Y haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos para siempre. Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y sabrán las naciones que yo Jehová santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre”*.

Me doy cuenta que estoy citando muchas escrituras, sólo quiero que comprendamos algo de la inmensidad de esta realidad. Nuestra relación con Dios como Su lugar de habitación eterno, no fue una idea tardía de Él, fue el designio y propósito desde el principio.

Está en el Antiguo Pacto, está ahí como un misterio, está ahí como una promesa ambigua, como una profecía oscura...pero está ahí, una y otra vez. En el Antiguo es un misterio, una sombra, una alegoría, en el Nuevo es una Persona que ha levantado el verdadero templo de Dios.

Jesús camina en Jerusalén, mira las sombras, el templo del Antiguo Pacto...comprende que eso es parte del misterio, parte de la promesa y les dice a los fariseos: “Destruyan este templo y yo lo edificaré de nuevo en tres días”. Y así lo hizo en Su resurrección. Tres días y Dios tenía un nuevo templo en que morar. Tres días y el santuario de Dios fue establecido para siempre en medio de los redimidos, su cuerpo, la habitación eterna del Señor.